

→ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Jesucristo. Soledad y compañía*, Sígueme, Salamanca 2016, 157 pp.

Comparado con la mayoría de los numerosos escritos del Autor, éste que presentamos es breve en páginas, pero denso en contenidos. Aborda en él, con la competencia de un maestro, las principales cuestiones cristológicas desde una óptica más sapiencial o contemplativa que estrictamente exegética o teológica, sin que por ello ninguno de estos dos ángulos de visión, pierdan peso específico. De Jesucristo trata, pero como Hijo del hombre y Verbo encarnado, sobre este fundamento de identidad contempla su soledad y compañía, ambas propias de todo hombre, también de él, pero vividas y experimentadas de otro modo y en otro nivel. Enmarcados entre un Prólogo y un Epílogo, se encuadran los seis capítulos de este libro. “A revivir y repensar la soledad propia del hombre y la específica de Cristo se dedican los capítulos”, en los cuales “nos referimos sólo al lugar que la soledad puede ocupar en la vida del hombre y que de hecho ocupó en la vida de Cristo”. Pero no se ocupa únicamente de la soledad de Jesús, derivada también de su misión, sino “del reverso de su existencia: la compañía que recibió y que ofreció”. En efecto, nadie ha recibido una compañía tan grande y permanente como él, y no sólo de parte del Padre, que siempre está con él, pero al mismo tiempo “él ha creado compañía a los hombres, a cada uno de ellos en su individualidad y circunstancia concretas. Pero otro hecho es igualmente significativo: ha suscitado la compañía de los hombres entre sí, ya que para responderle a él, revivir su existencia y anunciar su mensaje se han creado innumerables instituciones y órdenes religiosas en las que los creyentes han compartido destino, se han hecho compañía y han creado comunidad”.

Si va a hablar de la soledad del hombre Jesús, comienza presentando el fundamento antropológico de la soledad. Desarrolla este punto a través de tres conceptos que ya estaban presentes en su obra *Raíz de la esperanza* (Salamanca 1995): ‘soledumbre’, con el que alude “a la existencia del hombre en alejamiento de sus prójimos, de la vida común, de la ciudad como forma comunitaria de realización del destino humano”, o sea, la vida monástica; con el término ‘soledad’ expresa “el camino necesario para el encuentro con nosotros mismos, diferenciando la animalidad que perdura en cada uno, separando los légameos del instinto y el deseo, de la superficie clara de la realidad y la verdad”, para disponernos al encuentro y acogida del prójimo; con el término ‘solitud’ indica el encerramiento en sí mismo,

al margen de Dios o contra él, que de prolongarse hasta el final sería la soledad del infierno. Pero junto a la soledad está la compañía: “*La compañía divina como origen y fundamento, a la vez que la compañía humana, como tarea y criterio, acompañan y confieren sentido a la soledad*”. Ahora bien, “si la soledad de cada hombre es un enigma, la soledad de Jesús, por ser la soledad de quien es la figura concreta del Dios que llega a ser hombre y del hombre que llega a ser Dios [...] constituye un enigma de un orden especial”. A dilucidar esta cuestión dedica el segundo capítulo “La soledad de Jesús como problema”, cuestión que surge “en la primera mitad del siglo XX, como consecuencia diferida del Modernismo”, que no es otra que “la recuperación de la figura histórica concreta de Jesús”, y dentro de ella la pregunta por la autoconciencia de Jesús: este es “el marco en el que nace la pregunta por su soledad”, puesto que “el problema de la soledad de Jesús está condicionado y es relativo a la forma en que planteemos el problema de su conciencia”. Después de repasar los distintos intentos, localizados principalmente en autores franceses de la primera mitad del siglo pasado, de llegar a la autoconciencia de Jesús, el profesor González de Cardedal resume la aportación de Rahner (en 1961) y el documento de la Comisión Teológica Internacional (de 1985), de los cuales se puede deducir que “la conciencia de Jesús, por ser correspondiente y proporcional con su persona, pertenece al orden del misterio. Podemos sondear en ella, pero en ningún caso podemos demostrarla ni comprenderla, porque en ella está implicado Dios”. En todo caso, “a la luz de los tres niveles de su conciencia personal, podemos resumir las tres lecturas fundamentales de la soledad de Jesús” como la *soledad del hombre*, la *soledad de Dios encarnado*, la *soledad del redentor*. Pero esta soledad de Jesús está íntimamente vinculada con la misión que el Padre le encomendó realizar, y así entramos en el capítulo tercero. “El primer hecho que sorprende en los evangelios es la conexión vivida por Jesús entre tres realidades: soledad, oración, misión”, misión, conocida desde siempre, pero que “la iba descubriendo en el tiempo, al ritmo de su crecimiento en edad biológica, en sabiduría y en experiencia espiritual”, especialmente en la oración, pues “si la misión es don y encargo del Padre, la misión se aclara y se encara delante del Padre, en la actitud expectativa, orante, acogedora”.

En el capítulo cuarto, el más extenso, es donde desarrolla las distintas formas y fases de la soledad de Jesús, desde la encarnación, vida pública, pasión y muerte, al descenso a los infiernos. Aquí es donde la sabiduría

crisológica de don Olegario aparece concentrada en toda su hondura al explicar los misterios de la vida de Cristo bajo la perspectiva de la soledad. Por ejemplo, cuando explica la “corresponsabilización de Jesús con las consecuencias del pecado humano: la llamada ‘débil’, representada por Rahner, y la llamada ‘fuerte’, representada por Balthasar. La primera podemos designarla con la palabra *solidaridad* [...] La segunda podemos designarla con la palabra *sustitución*”. De un modo particular pone de relieve lo que significa y hay que entender con el término “expiar” para no malentender lo que el NT quiere expresar con él: “Expiar es un acto que tiene lugar en perspectiva descendente: 1) Desde Dios al hombre, al que le da el signo de la vida (la sangre) para que la recupere cuando, por el pecado, haya sucumbido al poder de la muerte. 2) Desde el Hijo de Dios, que comparte su plenitud de vida y su santidad, a los hombres que hemos sucumbido al poder del mal, del pecado, del demonio y de la muerte [...] La expiación es un don de Dios al hombre, que este tiene que acoger, dejarse penetrar por ella y devolverla en acción de gracias. Cualquier otra lectura de la expiación es anticristiana, y cualquier silencio de la expiación es contrario a la esencia del Nuevo Testamento”. Luego explica las tres interpretaciones que se han dado acerca de los textos paulinos donde se habla de que Dios le hizo a Cristo pecado por nosotros o que cargó con nuestros pecados como un maldito en la cruz. Tales textos hay que entenderlos “desde la unión de destino entre el Hijo y los hermanos, pensados por Dios en el mismo Verbo, predestinados con él y conformados a su imagen”. Luego expone el sentido del grito de Jesús en la cruz “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado”, según las tres interpretaciones que de este grito se han dado, desechando la que llega, como es el caso de Moltmann, a insinuar una cierta desesperación, pues “un Jesús desesperado no sería el Hijo; lo mismo que un Hijo no consciente de su divinidad no es el Hijo de Dios. Ni uno ni otro podrían ser el Redentor”. En relación con el descenso a los infiernos afirma que aquí “Cristo ha llegado a gustar, padecer y superar las situaciones humanas de soledad, aquella lejanía en la que los hombres se ponen frente a Dios y frente a sí mismos, aquella incomunicación que cerrándonos frente a todo y frente a todos nos hace sentirnos muertos o anhelar la muerte”.

El capítulo cinco, que trata de “La soledad acompañada de Jesús”, comienza constatando que “es una sorprendente ley de la historia que quienes más soledad han soportado, más compañía han suscitado; que

quienes más se han adentrado en la noche, más han sabido de la luz del día; que quienes más silencio han cultivado, más palabras vivas han tenido”. Si esto se cumple entre los hombres, ¡cuánto más se puede aplicar a aquel que es el Hombre! Recorre en este capítulo, siguiendo siempre el testimonio de los Evangelios, la compañía que Jesús tuvo durante su vida terrena, empezando por la que le proporcionaron sus padres, que al mismo tiempo implicaba soledad, dada la distancia infinita entre ellos su realidad de Hijo, como aparece en la respuesta que les dio de niño en el Templo, la casa de su Padre. Pero la verdadera compañía fue siempre la de su Padre, como aparece en muchos textos del cuarto evangelio, y cita este texto de Guardini: “La soledad de Jesús se convierte en algo terriblemente incomprensible si no la entendemos junto con la cercanía del Padre”. Esta cercanía se explicita de un modo particular en el acontecimiento de la resurrección, en el que se detiene don Olegario, explicando el sentido de las confesiones de fe, de las apariciones y del sepulcro vacío, porque “de una muerte, un vacío y una ausencia no surgen realidades tan decisivas para la vida e historia de los hombres como ha surgido y permanecido el cristianismo hasta hoy”. Además, “sin el convencimiento de que Jesús no ha sido anulado por la muerte, sino asumido por Dios a su vida mediante la resurrección, no es comprensible afirmación ninguna del Nuevo Testamento”.

El último capítulo es el desenlace de todo lo tratado en este precioso libro: La compañía del Resucitado a su Iglesia, a través de la Palabra (el Evangelio), el Espíritu Santo que da vida a la Palabra y la actualiza en cada momento histórico, la Eucaristía como testamento del Señor y presencia siempre viva suya y de su obra salvífica, y los Apóstoles, o sea, el testimonio apostólico que nos une con Jesús, con lo que él dijo e hizo, y les encargó autorizadamente a ellos que lo proclamaran y lo hieran presente en su ausencia. El desarrollo de estos cuatro modos de presencia y compañía del Resucitado a su Iglesia se sigue sin dificultad, proporcionando al lector confianza y alegría por un don tan grande, pues a través de estos elementos esenciales de la Iglesia, “Jesús acompaña no solo a los creyentes, sino como oferta y promesa a todos los hombres”.

Al terminar la lectura de este libro, lleno de unción y de sabiduría, no queda sino recomendar su lectura y relectura, de ella no sólo sacará el lector provecho intelectual, al contemplar el misterio de Cristo de un modo nuevo en su soledad y compañía, sino también y principalmente espiritual, pues la soledad y compañía de Jesús ilumina y conforta la

soledad del discípulo sintiéndolo cercano y compañero en el camino de la vida. — *José María de Miguel González*